

SOBERANÍA CON «CARACTERÍSTICAS CHINAS» EVOLUCIÓN DEL TIANXIA Y SUS MANIFESTACIONES DURANTE LA ÉPOCA IMPERIAL

Sovereignty with “Chinese Characteristics” Evolution of Tianxia and its manifestations during the imperial era

Dr. Marcos José Jaramillo Contreras¹
Bruno Rodríguez Carapelle²

Resumen: El concepto de Tianxia, con más de tres mil años de raíces culturales, guía las estrategias globales de China contemporánea. Este modelo sinocéntrico, que promueve un orden mundial inclusivo, está desafiando el rules-based order, es decir, las normas internacionales elaboradas principalmente por las potencias occidentales. En este artículo analizaremos la evolución histórica del Tianxia, para que los lectores no orientales y de habla hispana puedan comenzar a familiarizarse con este concepto, que tendrá importantes consecuencias geopolíticas y geoestratégicas en el futuro próximo.

Palabras clave: China, Xi Jinping, soberanía, Tianxia, geopolítica, relaciones internacionales, tratados internacionales.

Abstract: The concept of Tianxia, with its deep-rooted cultural heritage spanning millennia, continues to shape contemporary China's global strategies. The Sinocentric model, which advocates for an inclusive global order, is challenging the rules-based order, namely the international norms developed principally by Western powers. This article analyzes the historical evolution of Tianxia, intending to facilitate familiarity with this concept among non-Eastern and Spanish-speaking readers. It is anticipated that this will enable these readers to understand this concept, which will have significant geopolitical and geostrategic consequences in the near future.

Keywords: China, Xi Jinping, sovereignty, Tianxia, geopolitics, international relations, international treaties.

¹ El doctor Marcos José Jaramillo Contreras obtuvo su doctorado en derecho por la Universidad de Kobe, en Japón. Actualmente se desempeña como investigador del Centro de Estudios Estratégicos de la Academia de Guerra del Ejército de Chile (CEEAG). Correo electrónico: marcos.jaramillo@acague.cl

² El profesor Bruno Rodríguez Carapelle es profesor de Historia del Derecho e Historia de las Instituciones Jurídicas, Políticas y Sociales Chilenas en la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Introducción

En las últimas décadas, la República Popular China (RPC) ha emergido como un actor ineludible en el escenario global, no solo por su pujanza económica y su rol como socio comercial de numerosos Estados, sino también por su creciente influencia en el ámbito jurídico internacional y por su proyección de estrategias geopolíticas de largo aliento. Este ascenso no es un fenómeno aislado, sino la manifestación contemporánea de una cosmovisión milenaria: el Tianxia, literalmente «todo bajo el cielo». Este concepto, arraigado en más de tres mil años de tradición cultural china, no representa una mera expansión territorial, sino un orden mundial sinocéntrico, inclusivo y jerárquico, centrado en la autoridad imperial — hoy reinterpretada bajo el liderazgo del actual gobierno chino— y orientado a la armonía universal mediante la aculturación, la tributación y la sujeción voluntaria o inducida de los «otros».

Históricamente, el Tianxia evolucionó desde sus orígenes mitológicos en la dinastía Zhou (1046-221 a.C.), donde se asociaba con el «Mandato Divino o Celestial» (Tianming) concedido al emperador como «Hijo del Cielo» (Tianzi), hasta configurarse como un sistema omnicomprendido que abarcaba lo geográfico, lo político y lo cultural. En contraposición al «orden basado en reglas» (rules-based order) promovido por las potencias occidentales - con sus normas internacionales forjadas en tratados como Westfalia o la Carta de la ONU -, el Tianxia propone un modelo no excluyente, pero inherentemente asimétrico: los Estados periféricos o «bárbaros» (Yí) pueden integrarse al núcleo chino, lo «civilizado» (Huá), adoptando valores confucianos, lenguas, costumbres y lealtades, a cambio de protección, comercio y estabilidad, donde el pináculo no se comparte, es único: es China. Esta dicotomía sino-barbárica, impulsada por pensadores como Confucio y Mencio, ha justificado estrategias de expansión que combinan la virtud moral, el incentivo económico, los matrimonios políticos y, cuando necesario, la fuerza militar, como se ha evidenciado históricamente en dinastías como las Han, Tang, Ming y Qing.

El presente artículo analiza la evolución histórica del Tianxia durante la época imperial, desde sus raíces mitológicas hasta sus manifestaciones en las grandes dinastías, con el objetivo de familiarizar a especialistas de la defensa de habla hispana con este concepto fundamental. Al comprender sus pilares —el Mandato Divino, la superioridad cultural y las tácticas de asimilación—, se podrá anticipar sus implicancias geopolíticas y geoestratégicas en el futuro inmediato, en el que China no busca dominar a los extranjeros por imposición absoluta, sino por atracción y sujeción sutil, reconfigurando el mapa del poder mundial.

¿Qué es el Tianxia?

La RPC se ha convertido en uno de los indiscutibles protagonistas del escenario internacional. A nadie ha dejado indiferente el modo poco ortodoxo de hacer las cosas en China, también en las relaciones internacionales, en los laudos y sentencias de órganos jurisdiccionales internacionales, y en la demostración de su proyección internacional, que no se limita a un plano territorial, sino que se expande también a ámbitos culturales, monetarios y políticos. En la actualidad, China está ejecutando planes geoestratégicos a largo plazo que podríamos considerar propensos a la sujeción de diversos Estados a su hegemonía.

Si diésemos una mirada al pasado de China, nos encontraríamos con un país acreedor de una historia riquísima y de larga data, heredero de una civilización cuyos orígenes documentados se remontan al siglo XXIII a.C. (Roberts, 2006, p. 31). Su estudio da cuenta de una filosofía política ligada a la obtención y el mantenimiento de un poder hegemónico, que se ha verificado como un elemento constante a lo largo de su desarrollo histórico. Las estrategias usadas desde antaño por los antiguos emperadores para someter a los pueblos aledaños y subsumirlos dentro del universo cultural chino, la visión antropológico-filosófica de los chinos en relación a los grupos etnolingüísticos exógenos a lo largo de su historia, su expansionismo constante, incluso en la era posimperial, durante la Guerra Fría y hasta nuestros días, y su capacidad de convertir a estados completos, de alguno u otro modo, en sus tributarios, no han sido ni son una casualidad: tienen su origen y respuesta en un concepto ancestral, el Tianxia, que puede ser traducido literalmente como «bajo el cielo», aunque una traducción un poco menos literal y más contextual resultaría en «todo bajo el cielo» o «todo aquello bajo el cielo» (French, 2017, pp. 3-12). En esencia, el Tianxia es la visión tradicional china del orden mundial. Es tradicional porque sus raíces se remontan a textos filosóficos e incluso a la mitología, algunos de los cuales son tan antiguos como los del período Zhou (1046-221 a.C.) (Barmé, G. & Goldkorn, J., 2013, p. 75).

La visión del mundo derivada del Tianxia se desarrolló dinámicamente a medida que evolucionaba la política china, representada a veces como una agrupación de Estados rivales y, en otras ocasiones, como un solo mega-Estado. Asimismo, las normas confucianas sobre jerarquía y moralidad influyen profundamente en el concepto de Tianxia, lo que lo convierte en una fuerza decisiva a lo largo de la historia política de China.

En cuanto concepto cultural, y en sus orígenes, el Tianxia denotaba el mundo geográfico completo o el reino de los mortales, para con posterioridad ir asociándose a la soberanía política, en un contexto en que la guerra y el comercio eran tanto o más importantes «como factores de expansión que la superioridad global de las funciones rituales y litúrgicas del rey, en su intercesión con los antepasados y otras fuerzas de la naturaleza» (Fairbank, 1996, p. 64). En un contexto en que lo divino y lo profano se encontraban en franca ligazón, el Tianxia representaba un orden natural, denotando las tierras, los espacios y el área

divinamente designados para el emperador, por principios de orden universal y bien definidos.

En sus orígenes, el centro del Tianxia geográfico se encontraba directamente en la corte imperial, para luego dirigirse concéntricamente hacia los funcionarios mayores, los funcionarios menores, los ciudadanos comunes, los Estados tributarios y, finalmente, la periferia o barbarie. Debido a esto, el Tianxia se perfila como un concepto omnicompreensivo, cuyo manto de magnitud se encuentra en permanente expansión, siempre teniendo como centro a la autoridad imperial.

De lo anterior, podemos colegir que esta cosmovisión no es excluyente, toda vez que grupos exógenos, como las etnolingüísticas, los extranjeros e incluso otros Estados que aceptasen el mandato del emperador chino, pueden ser recibidos e incluidos en el Tianxia. Aquella es, justamente, la razón primigenia del expansionismo chino y por qué este no se limita a una mera conquista militar, sino que también implica la inclusión y sujeción, a nivel cultural, tributario, religioso y lingüístico, de lo conquistado, muchas veces mediante medios distintos de la guerra.

Para una adecuada comprensión del Tianxia, debemos necesariamente entender los orígenes del poder según la filosofía china, toda vez que este poder es otorgado al emperador, sobre el cual se basa la mantención y la expansión del Tianxia. En la China imperial, el poder político poseía características especiales que explicaban la primacía del emperador por sobre todos, tanto dentro como fuera del Tianxia de su dominio geográfico.

Orígenes y teorías sobre el origen del poder político en China

La nutrida mitología china ha aportado sólidas teorías sobre el origen del poder político, de manera muy similar a la filosofía política occidental. Desde la creación del mundo y de la humanidad en un tiempo remoto por parte de Pangu, «una serie de gobernantes sabios introdujeron los inventos e instituciones clave de la sociedad humana» (Roberts, 2006, p. 33), los cuales obtuvieron su poder a partir de un mandato divino o proveniente de un «Cielo» de naturaleza indeterminada, pero asimilado al Creador (Roberts, 2006, p. 15).

Debido a lo anterior, el emperador de China es considerado un hijo del cielo, o Tianzi, quien ha recibido un Mandato del Cielo, o Tianming, por lo cual, nominalmente, sería el gobernante del mundo entero (Fairbank, 1996, p. 65), detentando un poder de claro origen divino.

Para la filosofía política china tradicional, el Mandato del Cielo se sustenta en cuatro pilares o principios: primero, el derecho a gobernar China está asegurado por el Cielo.

Segundo, desde el momento en que sólo existe un Cielo, sólo puede haber un emperador. Tercero, la virtud del emperador es la que determina su derecho a gobernar. Cuarto, ninguna dinastía detenta un derecho permanente ni perpetuo para gobernar (Szczepanski, 2015).

Huelga señalar que los grandes pensadores de la filosofía china compartieron estas ideas. Por un lado, Confucio, filósofo y político del «Período Primavera y Otoño» (771 – 476 a.C.) señaló en el Libro 14, verso 42 de sus Analectas que un gobernante que se cultiva a sí mismo y logra reverencia, trae paz y seguridad a sus compañeros, y trae paz y seguridad a la gente (Confucio, 2022, p. 51), además de, en la misma obra, hacer «referencias frecuentes a los estándares de conducta y al ideal de Junzi u hombre virtuoso» (Roberts, 2006, p. 45), características que necesariamente debía poseer el gobernante.

Dado su origen divino y único, el poder político concentrado en manos del emperador chino no tenía paralelo alguno. Con todo, existían áreas geográficas y culturales del mundo conocido que, en efecto, no estaban bajo el poder del emperador. Sin embargo, como el Tianming es uno, se entendía que el poder de los gobernantes bárbaros o periféricos derivaba del poder del emperador, Hijo del Cielo o Tianzi (Szczepanski, 2015), lo que generaba ya una idea de, por un lado, superioridad y subordinación, y por otro, ajenez o alteridad. Al ser el emperador chino el único Hijo del Cielo y detentador de un poder divino único e indivisible, todos quienes se encuentren en los márgenes del Tianxia se encuentran inexorablemente en una posición de inferioridad y sujeción, toda vez que deben su poder al emperador, aun cuando no guarden relación alguna con él. Esta idea comenzará a perfilarse a lo largo de la era imperial y se mantendrá en el ideario chino hasta nuestros días. Al existir una distinción entre el chino y el bárbaro, el ajeno, el extranjero, y al estar los primeros en un escalafón superior a los demás, las relaciones entre quienes pertenecen al universo etnolingüístico chino y quienes se encuentran fuera del mismo estarán guiadas por este ideario, lo cual se traducirá en una serie de consecuencias concretas que podemos verificar, incluso, en las relaciones internacionales de China durante las últimas décadas.

Evolución del *Tianxia* y sus manifestaciones durante la época imperial. Configuración de una praxis milenaria

Durante el siglo XII a.C., cuando la dinastía Shang estaba en el poder, un Estado poderoso había comenzado a erigirse en paralelo, ubicándose «un poco al oeste del centro principal de las actividades de los Shang» (Roberts, 2006, p. 38): los Zhou. De origen indeterminado -según Mencio, «bárbaros del oeste» (Lau, 1970, p. 128)-, el pueblo Zhou llegó a adoptar muchos aspectos de la cultura Shang, «proceso que les permitió adquirir técnicas administrativas y que les facilitó la toma del poder» (Roberts, 2006, p. 38).

Para el historiador británico John Anthony Roberts (2006):

El establecimiento de la dinastía Zhou proporciona el primer ejemplo del derecho de una dinastía a gobernar sobre la base de una justificación ética. Según el *Shujing*, el *Libro de los Documentos*, una de las fuentes históricas chinas más antiguas que se hayan conservado, la caída de los Shang ocurrió por las deficiencias del último gobernante Shang. En consecuencia, se les retiró la protección o el mandato del cielo, que fue concedido a los gobernantes Zhou (p. 38).

A partir de este cambio dinástico, también se produjo una transformación y un desarrollo de la visión de mundo sobre el Tianxia. En particular, aquel «Cielo» indeterminado del que provenía el poder político adoptó las características de una deidad humana, lo que permitió la aparición de nuevos conceptos que contribuirían a la estructuración de una filosofía política y antropológica que resultaría coyuntural en las relaciones entre chinos y extranjeros. Asimismo, existe consenso en ubicar el origen de un Estado chino propiamente dicho en los Zhou (Fairbank, 1996, p. 64), por lo cual, guardando las proporciones y temporalidades pertinentes, podríamos comenzar a hablar de «relaciones internacionales» rudimentarias con los Estados y pueblos ajenos al Tianxia territorial.

Durante el período Zhou, el Tianxia alcanzó su mayor desarrollo en cuanto a concepto y filosofía per se, haciéndose comunes las referencias a él en los textos de la época. Términos antes inexistentes, como «Cuatro Cuartos» o «Diez Mil Estados», comenzaron a usarse en textos filosóficos y políticos para referirse al mundo conocido. Por su parte, «Cuatro Cuartos» o sifang se refiere al territorio establecido por la corte real y efectivamente gobernado por los monarcas Zhou desde su capital, con tribus no chinas periféricas en sus fronteras, «cuyo distinto estatus cultural estaba muy marcado por el hecho de que sus nombres no eran chinos» (Fairbank, 1996, p. 66), pero con los chinos de raza Han en su centro. Por otro lado, el término «Diez Mil Estados» o wanbang se refería tanto al territorio como a los sujetos que residían en él, incluyendo tanto a los chinos Han como a los «bárbaros».

Comenzó, entonces, a esbozarse lo que hoy denominamos «dicotomía sino-barbárica», también conocida como «distinción Huá-Yí», que diferencia a los chinos culturalmente definidos (llamados Huá o Huáxiá) de los grupos étnicos foráneos, llamados «bárbaros», «otros», «tribus salvajes» o incluso «incivilizados», todos términos posibles de la voz Yí (Liu L. H., 2004, p. 10-11). Esta distinción implicó desde sus inicios un reconocimiento de la superioridad relativa china por sobre «todos aquellos que no hubieran admitido la supremacía del gobierno central» (Fairbank, 1996, p. 70), a tal punto que la historiografía occidental ha llegado a representar a la antigua China -a partir de los Zhou- «como una isla cultural rodeada de un mar de bárbaros que carecían de las cualidades civilizadas de la cultura china» (Fairbank, 1996, p. 70).

No obstante, la calidad de Yí, «bárbaro» o «periférico», puede superarse, ya que esta cosmovisión admite que los extranjeros se conviertan en Huá al adoptar los valores y costumbres chinos. Ello es justamente lo propuesto por Confucio en sus *Analectas* respecto de la relación que debía mantenerse con los bárbaros (Chin, 2007, p. 145), y fue refrendado por su discípulo Mencio, quien opinaba que «las prácticas confucianas son universales y atemporales, por lo que pueden ser seguidas tanto por los Huá como por los Yí» (Lau, 1970, p. 128).

Mediante una estrategia de esta naturaleza, pronto la civilización de los chinos de raza Han comenzó a expandir el Tianxia más allá de sus confines históricos, llegando a territorios pertenecientes a estados actuales como Japón, Corea, Vietnam y Tailandia. Pocas veces fue necesario recurrir a la fuerza, ya que el sistema sinocéntrico que hemos descrito hasta ahora trataba a estos Estados como vasallos del emperador, Hijo del Cielo, quien ostentaba el Mandato Celestial y, por consiguiente, el derecho divino para gobernar. El proceso de aculturación ya había dado resultados, por lo que el mandato era, en su conjunto, aceptado por los estados tributarios (Arrighi, 2009, p. 17), y las áreas ajenas a la influencia del emperador seguían siendo consideradas tierras incivilizadas y habitadas por bárbaros (Arrighi, 2009, p. 17).

Dicha estrategia trajo consigo resultados positivos en la expansión territorial y cultural, hasta el punto de que China logró gobernar, ya sea directamente o a través de feudatarios, los territorios de los estados antes descritos. No es casualidad, por ejemplo, que el concepto mismo de Tianxia haya sido asimilado de tal forma que posee voces propias en japonés (Tenka), coreano (Cheonha) y vietnamita (Thienha).

Una vez más, Confucio es protagonista, ya que la situación descrita no es sino la materialización de una de sus máximas, según la cual, si quienes están distantes no se someten, uno debe cultivar patrones y virtudes para atraerlos (Confucio, 2022, p. 51). Sin embargo, no sólo de virtudes y patrones se valía la China imperial para engrosar su Tianxia como esfera de influencia sociocultural, lingüística y política, sino también, muchas veces, de las necesidades económicas, militares o de otra índole de los «estados bárbaros», para convertirlos en sus tributarios —sin olvidar, por cierto, el mero uso de la fuerza—.

Tras la caída de la dinastía Zhou y el turbulento período de los «Estados Combatientes», la dinastía Qin³ arribó al poder en el año 221 a.C. y se mantuvo en él durante sólo quince años, tiempo suficiente para comenzar a identificar con mayor precisión al Tianxia como una entidad geográfica real. El objetivo principal del «Primer Emperador», Qin Shi Huangdi, de esta efímera, pero importantísima dinastía, fue la expansión territorial y

³ En chino se pronuncia «Chin» y al país se le da el nombre «China», que utilizan muchos extranjeros (los chinos, en cambio, designan a su país *Zhong-Guo*, o «País Central»).

la unificación del Tianxia a su máxima expresión posible, logrando una solidez tal que sus estrategias continuaron siendo utilizadas durante las dinastías posteriores para la estructuración de sus propios gobiernos (Loewe, 2007).

Con posterioridad a la caída de los Qin, la dinastía Han gobernó entre 206 a.C. y 220 d.C., una época considerada una era dorada de la historia china (Zhou, 2003, p. 34). Durante los Han, nuevamente, el Tianxia adquirió nuevos alcances, lo que marcó su vinculación con la noción china de «nación». Establecieron sistemas de difusión de la lengua, la cultura y la educación propiamente chinas, siempre en propensión a la unificación del Tianxia.

Por un lado, «el crecimiento económico de los Han en China del norte estimuló el comercio internacional y la expansión militar» (Fairbank, 1996, p. 88), lo que permitió que los ejércitos chinos penetraran en la zona de Manchuria, Corea hacia el noreste y, al sur, el actual Vietnam, estabilizar las fronteras y enviar colonos Han para consolidar su presencia en los nuevos territorios. Sin embargo, también es relevante el modo en que los Han mantuvieron a raya a los bárbaros del norte. Para esta dinastía resultó problemática la presencia de los Xiognu, nómadas turcos cuyos arqueros montados solían atacar sorpresivamente dentro de las fronteras del norte de China (Bentley, 1993, p. 36), a los cuales hicieron frente, nuevamente, mediante el uso de tácticas que seguirían siendo utilizadas por China incluso en épocas postimperiales: «Una estrategia era subsidiar al Xiognu del sur como un estado cliente para que contribuyese a detener al belicoso Xiognu del norte» (Fairbank, 1996, p. 88), además de iniciar una política matrimonial, entregándoles doncellas Han nobles para ser desposadas y colmándoles de generosos obsequios, especialmente seda. Al poco andar, «los guerreros nómadas advirtieron que, si realizaban un ritual en Chang'an⁴ aceptando el protectorado de los Han, podían sacar provecho de ello de forma sustancial» (Fairbank, 1996, p. 89), lo cual sirvió de base para su aculturación y su paulatina inclusión en el Tianxia. Según esta política, el imperio continuó expandiéndose hacia el Tíbet actual y hacia el centro de Asia.

Más allá de los hechos concretos de expansión durante los períodos Qin y Han, el objetivo de relatar los acontecimientos históricos relativos a la ampliación del Tianxia es la verificación de los métodos utilizados desde tiempos ancestrales por los chinos para incluir a los Yí (los extranjeros) dentro de su propio universo cultural, pero al mismo tiempo situarlos por debajo de su poderío político. No son pocos los historiadores que han llegado a comparar a la China de los Han con el Imperio Romano occidental (Roberts, 2006, p. 69), y es que podríamos aventurarnos a afirmar que, mediante la aculturación, la imposición de la lengua, el aparataje administrativo, la moneda, los avances tecnológicos, las migraciones forzadas y

⁴ La ciudad capital china a la época.

el poder político del emperador, Hijo del Cielo, los Han llegaron a forjar una verdadera Pax Sinica, y esas mismas estratagemas seguirían siendo utilizadas en el tiempo.

El ideal unificador en relación al Tianxia como manto de poder chino puede ser constatado también en el más influyente texto de estrategia bélica de la historia asiática (Smith, 1999), «El Arte de la Guerra» de Sun-Tzu, general chino del «Período Primavera y Otoño», en el cual se hace una directa alusión al Tianxia y a la necesidad de preservar aquello conquistado, para poder incluirlo sin contratiempos y sin destrucción a la esfera de poder china: «Tu meta es tomar intacto todo lo que hay bajo el cielo. De esta forma tus tropas estarán frescas y tu victoria será total. Este es el arte de la estrategia ofensiva» (Sun-Tzu, 1981). Aquel párrafo, contenido en el tercer capítulo de la obra de Sun-Tzu, titulado «La Estrategia Ofensiva», denota justamente que el ideario chino en lo relativo a la guerra no se basa en la destrucción, el pillaje, el incendio ni la asolación de los territorios enemigos, sino una anexión de aquel lejano Tianxia periférico, también perteneciente al emperador del cielo, manteniéndolo indemne.

Si bien con posterioridad al período Han advino una época de fragmentación y división que en términos prácticos difuminó la idea de Tianxia por un tiempo, ésta no tardó en reemerger en el siglo VII, cuando China nuevamente logró su unificación territorial tras el ascenso de la dinastía Tang (618-907 d.C.), la cual marcó una nueva era dorada para la cultura china (Lewis, 2012, p. 1). Los fundadores de la dinastía «se unieron en matrimonio con familias nómadas, las que asimilaron a la cultura china» (Fairbank, 1996, p. 106), además de convertir en sus tributarios a numerosos estados de la periferia, en zonas tan alejadas como Cachemira, Nepal, Kashgar o el actual Uzbekistán (Whitfield, 2004, p. 47). La dependencia económica era la clave, ya que pequeños Estados a través del comercio chino de la Ruta de la Seda, que se desarrollaba y necesitaba de este para subsistir, contribuía a que China extendiese su esfera de influencia, aun dejando ciertos grados de autonomía en cuanto a cuestiones de seguridad interior y cobro de impuestos, en zonas tan lejanas como el actual Afganistán (Twitched, 2000, p. 47). Podemos apreciar con claridad que otro de los métodos de sujeción ejercidos por los chinos durante esta época, además de los ya ejemplificados supra, consistía en crear las condiciones necesarias para que pequeños Estados no tuviesen alternativa económica más que depender de China, otorgándoles mínimos espacios de autonomía para asegurar su lealtad, mientras se llevaba a cabo el proceso de aculturación.

A la sazón, y para demostrar una vez más la dimensión cultural del proceso de expansión del Tianxia, una vez que los Tang lograron conquistar el problemático norte, en sectores actualmente pertenecientes a partes de Rusia, Kazajistán, Mongolia y el Asia Central (Dompp, 2005, p. 126), cuyas etnias poseían un monarca denominado Khan, la implantación del pensamiento y la cultura china en aquellos territorios fue tan exitosa que el emperador Taizong, de la dinastía Tang, comenzó a ser llamado por los conquistados «Khan del cielo» o «Khan celestial» (Skaff, 2012, p. 127).

Las nociones de Tianxia, como entidad a la vez geográfica, cultural y política, se mantuvieron inmutables durante las dinastías posteriores a la de Tang. No obstante, la historia dinástica china sufrió un quiebre entre los años 1279 y 1368 de nuestra era, cuando la dinastía extranjera Yuan, de origen mongol, se hizo con el poder de China y sus áreas circundantes bajo el gobierno de Kublai Khan. No es materia de esta investigación ahondar en dicha dinastía, toda vez que no aportó cambios significativos en la noción de Tianxia, debido a su origen extranjero y al escaso entendimiento de la filosofía china por parte de sus gobernantes. Sin embargo, sí nos parece de relevancia que tras casi un siglo de gobierno mongol la civilización y cultura chinas se hayan mantenido indemnes, además de la existencia de «un persistente odio de los chinos hacia los invasores y el fracaso mongol a la hora de cumplir con las expectativas chinas» (Roberts, 2006, p. 142). Al parecer, los mongoles no estaban dispuestos a incorporarse a la civilización china y, si bien «Kublai Khan se había presentado a sí mismo como un emperador chino (...) los emperadores mongoles se negaban a permitir ser absorbidos por la cultura china» (Roberts, 2006, p. 142). La consideración de los mismísimos gobernantes como simples Yí y la escalada de la confucianización de la administración pública durante el siglo XIV (Rossabi, 1994, p. 415) terminaron por hacer caer a los mongoles de Yuan.

Con el advenimiento de la dinastía Ming en 1368 nuevamente una dinastía china, de chinos de raza Han, recibía el tan anhelado y respetado Mandato del Cielo, y junto a ella la idea del Tianxia reemergió inmediatamente como una crítica al neoconfucianismo, doctrina que había alcanzado su auge en las últimas décadas, configurándose como una forma secular y más racionalista del confucianismo clásico, relegando la metafísica sólo a ser usada como una guía de desarrollo ético racionalista (Huang, 1999, p. 5). Así, a finales del período Ming, las doctrinas confucianistas clásicas habían revivido, y el Tianxia, como era entendido durante las dinastías anteriores, también recibía un nuevo aire. Las ideas de «cultivo del carácter moral, establecimiento de la familia, orden del Estado y armonización del Tianxia» (Pérez, 2002, p. 305) eran reinterpretadas a partir de la filosofía original, y los Ming no tardarían en ampliar aún más su esfera de influencia, tanto hacia Mongolia como hacia los Estados del sur y el Tíbet (Wylie, 2003, p. 470). Durante los Ming, el comercio marítimo de China floreció, imponiendo sus normas y recalando en lugares tan lejanos como Sri Lanka o el Cuerno de África (Fairbank, 1996, pp. 174-176), con cuyos naturales fue posible un entendimiento mediante el uso del concepto de Tianxia en cuanto reconocimiento del poder imperial de China como superior y primigenio, o en otras palabras, divino. Sin embargo, y a pesar de este poder hegemónico que extendía su esfera de influencia desde Japón hasta las costas orientales africanas, los Ming dieron un vuelco en sus políticas, propiciando la oposición al comercialismo y la xenofobia, cerrando sus puertos, construyendo la Gran Muralla y dando impulso a una economía de carácter autárquico (Fairbank, 1996, pp. 176-177).

A partir de 1644 los chinos de raza Han, la dinastía Ming, fueron reemplazados por otro pueblo de origen extranjero, los manchúes, en la llamada dinastía Qing⁵, los cuales, a pesar de ser extranjeros e incluso considerados como Yí por muchos chinos, supieron adaptarse rápidamente a la cultura ancestral Han, autoimponiéndose como tareas «preservar el orden social y político del confucianismo imperial y retener el poder como gobernantes no chinos» (Fairbank, 1996, p. 193), por lo que la noción de Tianxia se mantuvo inmutable y muy pronto los nuevos reclamantes del Mandato del Cielo lograron extender aún más sus fronteras, consolidando el poder chino sobre Mongolia, zonas musulmanas al oeste del Turquestán, territorios del actual Myanmar, Taiwán y las islas del Mar de China Meridional (Kuzmin, S. & Dmitriev, S., 2015, pp. 68-70).

Nos hemos permitido realizar un análisis histórico de la visión del Tianxia y de la disposición de China hacia quienes no forman parte de su universo etnolingüístico y cultural, ya que fue justamente a través de sus dinastías cuando el concepto de Tianxia se consolidó y adquirió sus rasgos más definidos. Los Qing (1644 – 1912), como hemos señalado, lograron ejercer el poder de la mano con las visiones tradicionales del Tianxia, así como lo hicieron antes que ellos los Zhou, los Han, los Qin, los Tang y los Ming (y los actuales gobernantes de China), siempre teniendo en cuenta la superioridad china por sobre las culturas, poderes políticos, lenguas y economías exógenas, la distinción sino-barbárica entre los Huá y los Yí, y las estrategias de dominación imbuidas por la filosofía de Confucio y su discípulo Mencio, así como de otros pensadores y teóricos.

Durante los Qing, la última dinastía que terminó en 1912, la expansión territorial había alcanzado límites insospechados y el Tianxia había extendido sus horizontes hacia regiones remotas; la economía era pujante y el comercio había alcanzado niveles de prosperidad sin precedentes (Murphey, 2007, p. 151). Podríamos afirmar, sin lugar a dudas, que el Tianxia se encontraba en una etapa de insospechado esplendor y que las relaciones que podríamos denominar «internacionales» de China ya poseían un claro patrón, según el cual todas las normas eran impuestas centralmente por el emperador. Sin embargo, pronto, nuevas potencias sin noción alguna respecto del Tianxia intentarían establecer contacto con el Imperio Celeste, desconociendo el Mandato del Cielo recibido por el emperador y buscando imponer sus condiciones. Portugueses, franceses, holandeses e ingleses surcaban los mares, fundando compañías comerciales y construyendo puertos, conquistando territorios y celebrando tratados basados en sus propios términos. La poderosa China imperial y su Tianxia podrían llegar a tambalearse y su predisposición respecto de Occidente a forjarse de modo inmutable.

⁵ Se pronuncia “Ching”.

Pero a pesar de los desastres sufridos por las potencias occidentales, China continuó con su idea del Tianxia, y en la actualidad sería el objetivo del gobierno de China, ya que actúa de forma calcada a la de sus antepasados por miles de años.

Conclusiones

La evolución histórica del Tianxia revela una constante inquebrantable en la cosmovisión china: la aspiración a un orden mundial inclusivo, pero jerárquico, centrado en la autoridad celestial del emperador —hoy transmutada en el liderazgo del actual régimen de gobierno chino—. Desde sus orígenes mitológicos en la dinastía Zhou, donde el Mandato del Cielo o Tianming legitimaba el poder divino y único del Hijo del Cielo o Tianzi, hasta sus manifestaciones expansivas en las dinastías Qin, Han, Tang, Ming y Qing (y en los actuales gobernantes chinos), el Tianxia no ha sido un concepto estático, sino un marco dinámico que integra lo geográfico, político y cultural. Esta estructura concéntrica —con el núcleo chino Huá en el centro y los Yí en la periferia, susceptibles de aculturación— ha permitido a China expandirse no solo mediante la conquista militar, sino también, como señalaba Sun-Tzu, mediante estrategias sutiles: tributación, matrimonios políticos, dependencia económica y la difusión de valores confucianos que convierten al «bárbaro» en vasallo leal.

Incluso en períodos de fragmentación o de dominación extranjera, como la de los Yuan mongoles, el Tianxia persistió como ideal cultural, resistiendo la asimilación inversa y reafirmandose con vigor en las dinastías posteriores. Los métodos empleados —desde una Pax Sinica hasta la xenofobia Ming o la consolidación Qing— demuestran una praxis milenaria que prioriza la preservación intacta del conquistado, tal como prescribía Sun-Tzu, para integrarlo sin destruir el manto imperial.

Para lectores del ámbito de la defensa de habla hispana, comprender el Tianxia no es un ejercicio académico, sino una necesidad estratégica. Sus implicancias geopolíticas —reconfiguración de alianzas, erosión de las soberanías absolutas westfalianas y emergencia de un multilateralismo asimétrico— podrían moldear el siglo XXI. China no busca un imperio formal, sino un Tianxia renovado: un mundo bajo su cielo, donde la virtud, el poder y la interdependencia inducida aseguren la armonía universal con Pekín como eje indiscutido. Ignorar esta lógica ancestral equivale a subestimar la profundidad de su proyección global; abrazarla, a prepararse para un orden internacional en el que la soberanía, al estilo chino, no se impone, sino que se expande.

Referencias

- Arrighi, G. (2009). The Rise of East Asia and the Withering Away of the Interstate System. *Journal of World-Systems Research*, 1-35.
- Barmé, G., & Goldkorn, J. (Edits.). (2013). *Civilising China*. Canberra: The Australian National University.
- Bentley, J. (1993). *Old World Encounters: Cross-Cultural Contacts and Exchanges in Pre-Modern Times*. Nueva York: Oxford University Press.
- Chin, A. (2007). *Authentic Confucius: A Life of Thought and Politics*. Nueva York: Simon and Schuster.
- Confucio. (2022). *Analectas*. Ciudad de México: Fundación Carlos Slim.
- Dompp, M. R. (2005). *Tang China and the Collapse of the Uighur Empire: A Documentary Edition*. Leyden: Brill.
- Fairbank, J. K. (1996). *China. Una Nueva Historia*. Santiago de Chile: Andrés Bello.
- French, H. W. (2017). *Everything Under the Heavens. How the Past Helps Shape China's Push for Global Power*. Nueva York: Penguin Random House LLC.
- Huang, S.-c. (1999). *Essentials of Neo-Confucianism: Eight Major Philosophers of the Song and Ming Periods*. Westport: Greenwood Press.
- Kuzmin, S., & Dmitriev, S. (2015). Conquest dynasties of China or foreign empires? The problem of relations between China, Yuan and Qing. *International Journal of Central Asian Studies*, 59-91.
- Lau, D. C. (1970). *Mencius*. Harmondworth, Middx: Penguin Books.
- Lewis, M. E. (2012). *China's Cosmopolitan Empire: The Tang Dynasty*. Cambridge (MA): Harvard University Press.
- Liu, L. H. (2004). *The Clash of Empires*. Cambridge (MA): Harvard University Press.
- Loewe, M. (01 de septiembre de 2007). *China's First Empire*. Obtenido de The Free Library by Farlex: <https://www.thefreelibrary.com/China%27s+first+empire%3A+Michael+Loewe+looks+at+the+dynastic%2C...-a0169024667>
- Murphey, R. (2007). *East Asia: A New History*. Londres: Pearson Longman.
- Pérez, J. (2002). *Los Cuatro Libros*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- Roberts, J. A. (2006). *Historia de China*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.
- Rossabi, M. (1994). The Reign of Kublai Khan. En Twitched, D., Franke, H., & Fairbank, J. (Edits.), *The Cambridge History of China: Alien Regimes and Border States*, 710-1368 (págs. 414-489). Cambridge: Cambridge University Press.
- Skaff, J. K. (2012). *Sui-Tang China and its Turko-Mongol Neighbors: Culture, Power and Connections, 580-800*. Nueva York: Oxford University Press.
- Smith, K. (1999). The Military Texts: The Sunzi. En W. De Bary (Ed.), *Sources of Chinese Tradition: From Earliest Times to 1600* (Vol. 1, págs. 213-224). Nueva York: Columbia University Press.
- Sun-Tzu. (1981). *El Arte de la Guerra*. Madrid: Fundamentos.
- Szczepanski, K. (04 de diciembre de 2015). *What Is China's Mandate of Heaven?* Obtenido de ThoughtCo: <https://www.thoughtco.com/the-mandate-of-heaven-195113>

- Twitched, D. (2000). Tibet in Tang's Grand Strategy. En H. Van den Ven (Ed.), Warfare in Chinese History. Leyden: Kroninklijke Brill.
- Whitfield, S. (2004). The Silk Road: Trade, Travel, War and Faith. Chicago: Serindia Publications.
- Wylie, T. (2003). Lama Tribute in the Ming Dynasty. En A. McKay (Ed.), The History of Tibet: The Medieval Period: c. AD 850–1895, the Development of Buddhist Paramountcy (Vol. 2). Nueva York: Routledge.
- Zhou, J. (2003). Remaking China's Public Philoshophy fot the Twenty-First Century. Westport: Greenwood Publishing Group.